

Ricardo anima a los chavales a acariciar con cuidado al caballo de la granja. / FOTOS: DARIO MARTÍN

Los entresijos del oficio de granjero

El cuidado de animales o los productos de la huerta son algunas de las cosas que los niños aprenden en granjas escuela como Las Cortas de Blas

MARTA RECUERO / VALLADOLID

No llevan sombrero de paja ni el típico peto vaquero, pero durante una semana se han convertido en auténticos granjeros, con sus pros y sus contras. Madrugan, alimentan y limpian a los animales, cuidan el huerto y elaboran con sus propias manos diversos manjares culinarios han sido algunas de las tareas que Andrea, Pablo, Paula, Laro, Alicia, Álvaro, Marta y M^a Mar han tenido que realizar durante su estancia en la granja escuela Las Cortas de Blas, eso sí, bajo la atenta supervisión de Ricardo y Pady. «La filosofía de este proyecto es transmitir a los niños que la ciencia y la tecnología puede estar al servicio de la sociedad y de la naturaleza, que pueden disfrutar del entorno y del medio natural con todos los sentidos, conociendo, aprendiendo y respetando el entorno».

Cada jornada comienza con un recorrido por los espacios de los animales. Hay que darles de comer, limpiar sus hogares y conocer más a fondo sus vidas. En grupo, los pequeños entran en el territorio de las gallinas y las ocas, algunos incluso con miedo a unos diminutos e indefensos pollitos

mucho más nerviosos al escuchar los gritos de pánico de los niños cuando Ricardo intenta coger una gallina. «Tuvimos un niño con síndrome de Down que se ponía muy nervioso al escuchar el ruido y al tacto de las plumas de las gallinas, pero terminó cogiendo con sus manos», recuerda Ricardo, quien asegura que en las granjas escuela «los niños aprenden a convivir entre ellos, a ser autónomos, responsables y a respetar el medio ambiente».

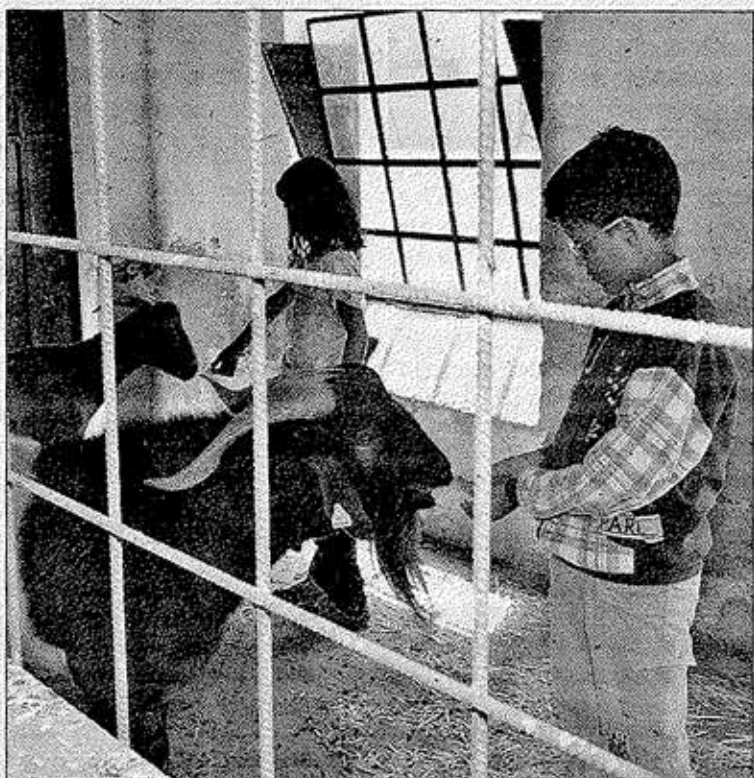
MÁS DE 1.000 ANIMALES. La ruta continúa en el palomar, lugar en el que Andrea se niega a entrar. «Me dan asco las palomas», confiesa, mientras acaricia a los perros que los acompañan por toda la granja. Al contrario, a Pablo y Alicia no hay forma de separarlos de los animales. Junto a Ricardo van repartiendo el pienso por los comederos, y también atienden a un juguetero hurón que no quiere perderse los mimos de los pequeños. Las cabras, que tildan de locas, los conejos, los asustadizos gamos, los cerdos y los jabalíes son otros de los animales que habitan Las Cortas de Blas, ubicada en Villalba de los Alcores, junto a las casi 1.000 ovejas de la

granja, el burro Pepe y un hermoso caballo que hace las delicias de los más pequeños. Y es que esta finca de 150 hectáreas no es un mero rincón de ocio. Se trata de una explotación agropecuaria de la que viven Ricardo y Pady, dos hermanos que dejaron sus puestos de jefe de obra y en la Escuela de Ingenieros Agrícolas para cuidar de la finca familiar, un duro trabajo que necesita mucho esfuerzo y sacrificio, «pero sarna con gusto no pica», comentan los dos jóvenes.

Durante los días que pasan en la granja, los niños disfrutan de los animales, pero también aprenden a diferenciar entre las palomas y las perdices, las liebres y los conejos o los jabalíes y los cerdos. La sorpresa llega con el primer contacto con el huerto, cuando muchos son incapaces de reconocer una lechuga cuando todavía está en la tierra. Y es que a veces es fácil olvidarse de que la leche no nace en un tetrabrick. Los niños también tienen tiempo para darse un baño en la piscina, realizar talleres sobre el medio ambiente y energías renovables y transformar los productos animales y vegetales en deliciosos alimentos como el requesón.



En el huerto aprenden a diferenciar lechugas, lombardas, pepinos y calabacines.



Pablo da de comer a una de las cabras.